

I

DESEO Nº1 VIAJE SOLIDARIO

Cristina Regidor tenía un sueño desde pequeña: pisar algún día tierras africanas colaborando con una ONG. Finalmente, ha podido hacerlo de la mano de nuestra revista. Ha viajado hasta Uganda, junto a Judit Mascó y un equipo de Intermón Oxfam, para conocer sobre el terreno la cooperativa de comercio justo que colabora con la organización en el país. Además, ha vivido en directo cómo se realiza el reportaje 'Mujeres con causa' de YO DONA, que Judit Mascó narra en primera persona.

Por Judit Mascó (Testimonio recogido por Natalia G. Hermosín) / Fotos Pablo Tosco



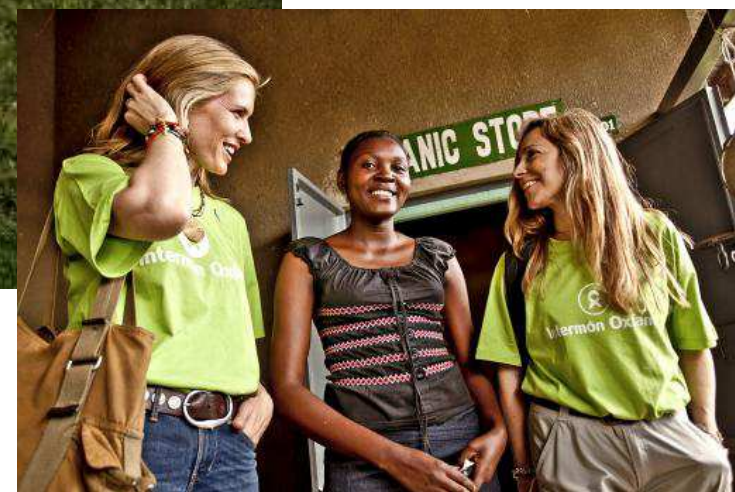
Judit Mascó

«Cada día, después de llevar a mis cuatro hijas al colegio, llega mi momento especial: disfrutar de una taza de café. Hasta ahora, nunca habría podido imaginar el tremendo esfuerzo que se esconde tras ese sorbo que me ayuda a empezar el día. Tras visitar en Uganda las cooperativas de comercio justo a las que Intermón Oxfam compra la producción de café, para conocer a los campesinos, saber cómo es su trabajo y en qué condiciones lo realizan, me pregunto: '¿Cómo puede ser tan barata una taza de café?' Os garantizo que, simplemente con un consumo responsable por nuestra parte, miles de familias serán capaces de salir adelante por sí mismas y tener una vida digna.»

Cristina Regidor

«Siempre había deseado viajar a África para ayudar, como pudiese, a esas personas que veía al otro lado del televisor, en las noticias y documentales, atravesando serias necesidades. Desde mi casa, en Villasas de Mar, Barcelona, era difícil llegar a saber de verdad cómo es la vida en casos de extrema pobreza. Como madre, se me encogía el corazón al ver aquellos niños sin nada que llevarse a la boca en brazos de mamás que apenas podían hacer algo por ellos. Cuando supe qué era el comercio justo, comencé a comprar chocolate –me encanta–, galletas y café que habían sido producidos por campesinos en partes del mundo en vías de desarrollo. Gracias a mi compra, y a la de muchas personas que como yo queremos ayudar, estas poblaciones comienzan a ver atisbos de un futuro esperanzador. Tras este viaje, soy más consciente que nunca de que este sistema funciona.»

Judit Mascó en la región de Ankole. A la derecha, la modelo, con Agusha Christine, secretaria general de Nyakahita G.C.S., y Cristina Regidor, lectora de YO DONA.



mi relación con el comercio justo se remonta 10 años atrás, cuando los responsables de Intermón Oxfam me contaron por primera vez en qué consistía. Entonces, me hablaron de que muchos campesinos en otras partes del mundo se veían obligados a vender sus cosechas de café a un precio muy bajo a intermediarios –los coyotes– que se enriquecían a su costa, mientras la vida de los productores quedaba relegada a una constante situación de precariedad. Una explotación en pleno siglo XXI que el comercio justo tenía el objetivo de mitigar y erradicar en un futuro con la ayuda de todos.

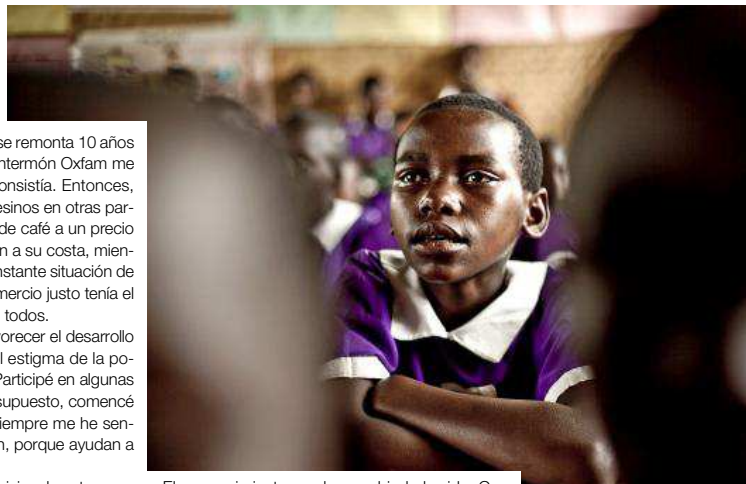
Convencida de que se trataba de una vía perfecta para favorecer el desarrollo de las comunidades que vivían en zonas marcadas por el estigma de la pobreza, me volqué en el proyecto de Intermón Oxfam (IO). Participé en algunas de sus campañas de publicidad, ruedas de prensa y, por supuesto, comencé a ser consumidora habitual de sus productos. Y es que siempre me he sentido identificada con la forma de trabajar de la organización, porque ayudan a la gente a vivir y salir adelante por sí mismos.

Sin embargo, hasta hoy no había tenido la oportunidad de viajar al centro neurálgico de las plantaciones para conocer, sobre el terreno, el impacto que un consumo responsable en el primer mundo puede llegar a tener en los países en vías de desarrollo. Mi destino –gracias al proyecto *De consumidor a consumidor*, financiado por la Unión Europea– era Uganda. El objetivo, llegar hasta las cooperativas de café cuyas cosechas compra Intermón Oxfam al precio que realmente se merecen, y poner cara a sus protagonistas.

Uganda es el segundo país productor de café del mundo. Un bien tan preciado que incluso cotiza en bolsa. Pero eso, los más de 500.000 campesinos ugandeses que se dedican a su plantación, el 20% de la población, lo desconocen. A ellos Wall Street, con su argot, sus cotizaciones y sus precios, les queda muy lejos. Son gente de campo; supervivientes de un medio hostil que no cesan en su empeño por lograr, por méritos propios, una vida mejor. Y eso es, precisamente, lo que persigue el Comercio Justo. Compran directamente a las cooperativas productoras pagando por sus cosechas hasta tres veces más que los intermediarios del comercio convencional. En el caso de Intermón Oxfam en Uganda, en 2008 se inició una relación comercial con ACPCU, un consorcio que agrupa en la actualidad a 13 cooperativas pequeñas. Allí, cerca de 6.000 personas forman este entramado cooperativista. Unieron sus fuerzas para hacer frente a los abusos de los intermediarios, los desastres medioambientales –como plagas o enfermedades– y, sobre todo, las bajadas del precio del café. He tenido la oportunidad de conocer a personas en cuyas manos se puede leer una historia de fuerza, constancia y dignidad.

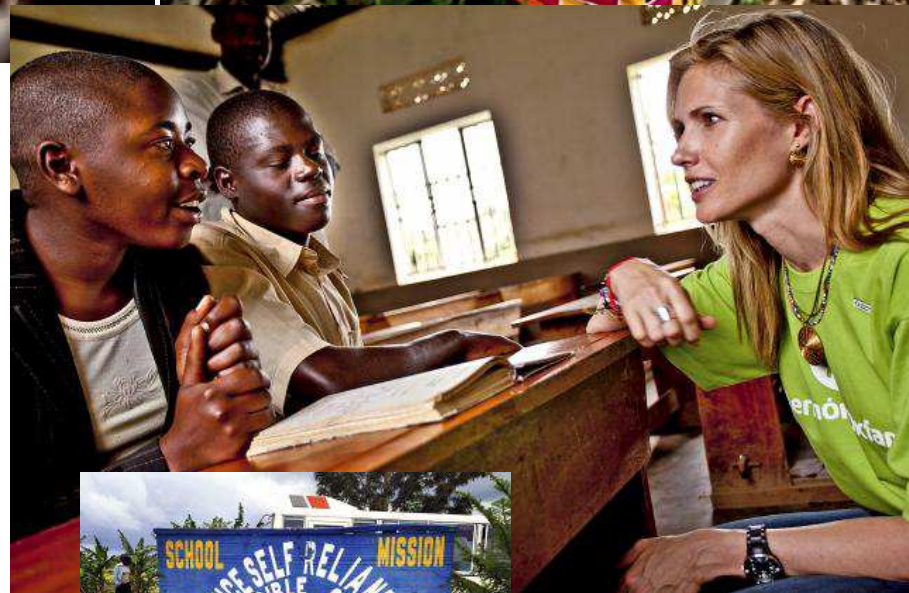
Viajamos en un autobús –y resistente– autobús hacia el suroeste de Uganda, la región de Ankole, para llegar a las plantaciones de los distritos de Bushenyi y Ntugamo. El paisaje es impactante. Hasta donde la vista alcanza, se divisa una frondosa vegetación. Un manto de un verde intenso, repleto de árboles frutales y vegetación, interrumpido tan solo por el rojo que emana de la carretera, una tierra que muta en barro o en polvo dependiendo de la climatología. En sus colinas, las casas de adobe o ladrillo se transforman en pequeñas pinceladas que juegan al contraste con la pobreza. Aquí, en el corazón de África, la naturaleza es generosa. Los comerciantes extranjeros, no tanto.

John Nuwagadaba, el director general de ACPCU, nos da la bienvenida. Es un hombre de sonrisa sincera, educado y un gran conocedor del mundo del café. A sus 52 años, él tuvo la oportunidad de estudiar una carrera universitaria y ahora emplea todos sus conocimientos en el bienestar de su comunidad.



«El comercio justo nos ha cambiado la vida. Gracias a las primas sociales hemos podido construir escuelas, casas para los maestros, hemos recibido formación, y los campesinos, que han obtenido un pago justo por sus cosechas, han podido mejorar sus casas y su producción», nos comenta. Él está al frente de esas 6.000 personas que forman la cooperativa, de las cuales, un 28% son mujeres. Un dato que, aunque aún puede mejorar, me satisface. «Antes de que Intermón Oxfam comprara nuestra producción, muchos campesinos se veían obligados a mal vender sus cosechas y, si un año había problemas, se quedaban desamparados.» John sí sabe que el café, su café, es el producto primario de mayor valor en el comercio mundial después del petróleo. Y por eso también es consciente de que su pueblo no está pidiendo al consumidor internacional que tenga caridad con ellos: reclama únicamente lo que les pertenece por derecho, un comercio en condiciones de equilibrio, justicia y equidad.

Con él visitamos una de las 13 cooperativas: Nyakahita G.C.S. «Muchas gracias por venir a conocernos», me dice una chica con un porte y una belleza que llaman la atención. Su nombre es Agasha Christine y, para mi sorpresa, con solo 25 años es, desde hace siete meses, secretaria general de esta cooperativa. «Mi familia me envió a la escuela y después hice un curso de formación profesional de dos años», me explica en un correcto inglés. «Ellos viven lejos, pero yo me he instalado aquí en una pequeña habitación para poder trabajar. Quiero seguir aprendiendo y en un futuro llegar a ser la directora general de la cooperativa.» Es curioso, porque justo a su lado está John, y Agasha habla sin tapujos de alcanzar el puesto que, a día de hoy, él ostenta. «Es una mujer que promete; muy lista y →



De izq. a dcha. y de arriba abajo: Niña en la escuela. Las manos de John Nuwagadaba, director general de ACPCU, sosteniendo café. Judit conversa con Jeninah Mbabali, una estudiante de 16 años. Detalle de la escuela.



“Es una alegría ver que hay niñas en las escuelas en un país donde el analfabetismo entre las mujeres es del 42%.” **Judit Mascó.**



De izq. a dcha. y de arriba abajo: Judit Mascó con *Deudanta Tibayogwa* (izq.) y una amiga. Niños de una de las comunidades. La modelo recolectando café.



Intermón Oxfam

En Uganda, Intermón Oxfam (IO) trabaja desde 2008 con ACPCU (Ankole Coffee Producers Cooperative Union), un consorcio de 13 cooperativas productoras de café, dentro de su actividad de comercio justo. Desde 2008, IO le ha comprado su producción, por valor de unos 450.000 euros. Más de 6.000 campesinos reciben un precio justo por sus cosechas y se benefician de la prima social. Con este dinero extra, las cooperativas contribuyen a mejorar las condiciones de la comunidad invirtiendo en escuelas, pozos de agua potable, letrinas... Además, los campesinos reciben formación sobre la producción de café para que sus cosechas sean más rentables y de una calidad excelente. Para que más personas puedan tener una vida mejor, necesitan que los consumidores españoles apuesten por el café de comercio justo y lo adquieran –a un precio de 2,39 €, más bajo que el de otras marcas– en tiendas de Intermón Oxfam o en supermercados (www.intermonoxfam.org/cafe).



trabajadora», corrobora él. Agasha tiene un estatus profesional respetable, lo cual ya dice mucho de su personalidad. Nos cuenta que no tiene hijos ni está casada. Eso no es muy habitual por aquí. Que a su edad no tenga familia a su cargo y esté al frente de tantos campesinos, es un síntoma de que las cosas ya están cambiando. Como no podía ser de otra manera, me alegra, como mujer, ver que hay jóvenes con iniciativa que tirarán de su país hacia un futuro mejor. «Me gustaría que los consumidores supieran que si compran nuestro café, nos ayudarán a afianzar nuestro avance y a impulsar nuestro desarrollo. Podremos construir más colegios, crear nuevos sistemas de trabajo, cultivar variedades que se cotizan mejor y consolidar nuestra fuente de ingresos. Hasta ahora, el comercio justo nos ha ayudado a saber más sobre el proceso que sigue el café hasta su venta, a valorar cada variedad, a poder tener cosechas 100% orgánicas y a evitar que los intermediarios se queden con los beneficios», me explica.

Su caso es un buen ejemplo de la visibilidad que las mujeres empiezan a tener en la vida social de sus comunidades. Como ella, cerca de 2.500 mujeres de estas cooperativas toman partido en las asambleas que se organizan periódicamente para decidir, democráticamente, el destino de las primas sociales que reciben del comercio justo. Para que nos entendamos, esta prima son 18 euros por quintal de café que las importadoras de comercio justo pagan por encima del precio del mercado. Entre todos los miembros de la cooperativa valoran cuáles son las prioridades de la comunidad y allí destinan estos fondos. Hasta ahora, coinciden en señalar especialmente a la educación y la sanidad, ya que aquí hay hospitales públicos pero no tienen medicinas, por lo que la gente enferma solo puede recibir asistencia sanitaria en los centros privados si tiene dinero (la mortalidad infantil roza el 64%). Sobre el terreno es fácil darse cuenta de que las carencias aún son muchas. También me cuentan que con este ingreso han creado un banco de microcréditos que

concede préstamos a los cooperativistas a un 3% de interés, mientras que las demás entidades del país lo hacen a un 21%.

Visitamos dos de las cuatro escuelas que se benefician directamente de esta prima social. Hoy es día de fiesta, pero los niños han acudido a nuestro encuentro para contarnos cómo es su colegio. En los pupitres de madera hay hijos de campesinos. «Me gustaría estudiar ciencias y poder ser médico», me cuenta decidida una chica sentada en la primera fila. Se llama Jeninah Mbabali, tiene 16 años y nueve hermanos, dos chicos y siete chicas. Sus padres trabajan en los cafetales para que ella pueda estudiar. «No sé si podré ir a la universidad, porque somos muchos y es muy costoso, pero es mi sueño, y la venta de nuestro café puede ayudarme a alcanzarlo», matiza. En este centro hay 120 estudiantes de los cuales, según me detalla el profesor, 70 son niñas. Es una alegría escuchar esto. Resulta gratificante saber que pueden asistir a la escuela en un país donde el analfabetismo en los hombres supera el 23%, y el 42% entre el género femenino.

Otra de las cosas por las que lucha el comercio justo es, precisamente, la abolición de la explotación infantil. Si no hay niños trabajando –lo que no quiere decir que no ayuden fuera del horario de →

De izquierda a derecha, y de arriba abajo: Una niña escribe en una de las escuelas de la cooperativa. **John Nwagadaba, Agasha Christine y Judit Mascó**, en la oficina de la cooperativa de Nyakahita. **Cristina Regidor**, lectora de YO DONA, en una de las aulas del colegio.



estudios a sus familias-, y los padres apuestan por destinar estas primas a la educación, estos niños asistirán a la escuela y serán la máxima riqueza que tenga el país. Al día siguiente, llegamos al segundo centro, y una fila de pequeños de todas las edades, uniformados y en silencio, nos recibe. Dentro del aula, me presento y les explico que hemos venido para que la gente conozca su café y pueda comprar más. En ese momento, el protocolo pasa a un segundo plano y los críos estallan en aplausos y sonrisas. «Gracias a las primas hemos podido construir dos pozos de agua potable, unas letrinas y las casas de los maestros para que puedan venir de otras áreas a aportar nuevos conocimientos a la comunidad», explica Jack, el director. Por los cristales, asoman las cabezas de niños empapados por la lluvia y sin uniforme. Más tarde, Jack me explicaría preocupado que son huérfanos y que le gustaría poder tener más dinero para acogerles en su escuela y dar, al menos, una comida diaria a todos sus estudiantes, ya que muchos pasan la jornada con el estómago vacío. Pero el dinero, por ahora, no es suficiente para todos.

Las condiciones en el campo, como en cualquier parte del mundo, son duras. Pero aquí la única maquinaria que existe son las manos de los agricultores y el único motor, su fuerza interior. Entre caminos escarpados, por los que prácticamente ni siquiera el autobús es capaz de ascender, llegamos a la base de la pirámide, los productores. A pie de cafetal conozco a Deudanta Tibayogwa, una mujer de 40 años con seis hijos a su cargo. Desde el primer momento me impresionan sus manos. Curtidas de recolectar grano a grano, al saludar, me agarran con fuerza mientras sus ojos se clavan en los míos. Entre las mujeres, sea cual sea el lugar del mundo en el que estés, fluye una energía especial. Me enseña a desgranar el cafetal, con cuidado y cogiendo solo los granos que ya están rojos. «Cada día pasamos más de cuatro horas recolectando café. Lo normal es que cada persona recoja entre 15 y 20 kilos diarios, aunque los que llevamos muchos años en esto y tenemos práctica podemos llegar a los 30. Yo empecé en la cooperativa hace 16 años.» →

Las semillas de la vida

Viajar a Uganda, de la mano de Intermón Oxfam y Judit Mascó, no sucede todos los días. Y yo he tenido esta gran suerte gracias a YO DONA, que ha convertido en realidad uno de mis sueños desde niña: pisar el continente africano acompañando a una ONG. Siempre había deseado viajar hasta allí para ayudar, como pudiese, a estos países, que desde nuestro prisma parecen abandonados. Ahora he conocido de cerca la labor de Intermón Oxfam en Uganda. En esta ocasión, a través de una de sus áreas de trabajo, el comercio justo, que permite que miles de campesinos salgan adelante en este país gracias al cultivo de café. Para los productores, este comercio supone su medio de vida y el de sus comunidades. Y para nosotros, un esfuerzo mínimo: ir al supermercado y comprar su café –de gran calidad, por cierto–. Saber que estás ayudando a tantas personas tendría que ser motivo suficiente para lanzarnos a las estanterías de las tiendas.

Organizados en cooperativas, reinvierten sus beneficios en educación, sanidad y mejoras en sus vidas. He podido conocer de cerca su trabajo. El duro esfuerzo de recolectar café cada día, cargarlo, secarlo... Cuando ves el sacrificio que implica un paquete de café (u otros productos) no puedes dejar de participar para lograr que el círculo se complete. He viajado acompañada por Judit Mascó, una de nuestras grandes modelos, mujer, madre comprometida en numerosas causas y una persona humilde y generosa. También he podido comprobar la dureza de estos reportajes, más allá de lo que vemos normalmente en las revistas, donde se nos presenta el trabajo ya acabado, editado y perfecto. Las dificultades de rodar sobre el terreno, los viajes largos... y el respeto hacia todo y todos, tanto entre el equipo como hacia la población. Siempre con una sonrisa, con la ilusión del trabajo bien hecho y de saber que se está haciendo algo bueno por los demás. Con mi testimonio, espero que vosotros, que leáis estos artículos y que os interesáis por el mundo que os rodea, apoyéis el comercio justo. Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida, y nunca olvidaré a todas esas mujeres, como nosotras, como yo, siempre luchando por ver crecer a sus hijos sanos.

Por *Cristina Regidor*



Veronic Kesiwani
(73 años), es campesina
y miembro de ACPCU.

Después de ver los caminos y las distancias entre los cafetales y la cooperativa me asalta una duda: ¿Cómo transportan tantos kilos hasta allí?. «En bicicleta», contesta sin darle mayor relevancia. ¿En bicicleta?. «Sí, hasta unos puntos de recogida locales donde cada productor lleva su cosecha diaria. Allí un coche de la cooperativa lo recoge y lo transporta hasta el centro de acopio, donde se pesa y se comprueba su calidad, si está bien seco...»

Después de tantos años como miembro de la cooperativa, Deudanta ha conseguido sacar adelante a sus hijos y ha construido una pequeña casa de ladrillo que me enseña orgullosa. Esta mujer ha podido dar ella misma una vida mejor a su familia. «Como miembro de la cooperativa he recibido formación y he adquirido nuevos conocimientos. Ahora sé más sobre el proceso del café, intercambio información con otros agricultores, he mejorado el precio de mis cosechas y puedo recibir micro créditos para mejorar y ampliar mis cultivos.» Frente a la puerta de su casa, en el suelo, está secando granos de café arábica, la variedad más cotizada y que ahora están empezado a cultivar para lograr mayores beneficios. Durante un momento de la visita, me siento en el suelo y ella y una amiga lo hacen a mi lado, muy pegaditas a mí. Hablando con ellas, ambas me dicen que tienen 40 años y yo les confieso: «Yo tengo 42», y, al oírlo, las dos exclaman: «¡NO!», muy sorprendidas. Aquí, en África, descubres la esencia del ser humano y la bondad de la gente.

«Me llamo Veronic Kesiwani, tengo 73 años, soy viuda y llevo 35 años trabajando en el campo.» Ante mí hay una anciana muy elegante, de mirada cristalina. Su historia, como la de la mayoría de las protagonistas que me he encontrado en este viaje, está cargada de dignidad y fortaleza. Una dignidad que creo que ellas sienten cuando son capaces de trabajar y sacar adelante una familia y te dicen: «Así soy yo, y esta es mi casa, mi parcela de cultivo y mi familia». Me sorprende su energía, más aún si tenemos en cuenta que la esperanza de vida en Uganda es de 53 años. Con un apretón de manos y una sonrisa cómplice me integra en sus cosas, en su vida. Está rodeada de niños que deduzco que eran sus nietos. Ella no pierde ni un minuto en llevarme a su cafetal y enseñarme cómo desgranar el café –sin soltar un teléfono móvil en su mano izquierda– y por un momento pensé: «Esta mujer lleva toda una vida haciendo esto». Horas y horas de pie, a pleno sol, con

lluvia, tantos y tantos embarazos, con los bebés a cuestas... El acto de desgranar reflejaba toda su existencia. Cuando le pregunto en clave de humor que si piensa descansar algún día, ella me contesta muy seria: «No, si puedo trabajaré hasta que me muera». Ella ha conseguido, después de muchos años de esfuerzo, tener una casa muy grande –y a la vez muy humilde– de ladrillo, con ventanas de cristal y puertas, de la que se siente muy orgullosa. Se había quedado viuda y nos enseña su extensión de terreno muy satisfecha. «Esta es la herencia de mis hijos e hijas», me dijo. Al irnos, nos acompaña durante un tramo de camino y, aunque no nos entendemos, con gestos trata de explicarnos hasta dónde llegan sus tierras y señala al cielo, e intuyo que tal vez se acuerda de su marido o da gracias a Dios por lo que tiene; da igual, lo importante es que está contenta, sabe que puede morir tranquila porque ha dejado un mundo mejor a todos sus descendientes.

Más que nunca me he dado cuenta de que la tierra es vida y de que esta les pertenece por derecho. Es suya. Así que, desde aquí, animo a todos a apostar por el café de comercio justo y comprarlo en las tiendas IO y los supermercados para que más campesinos puedan tener una vida mejor. Y es que aquí, más que en ninguna otra parte, el futuro está escrito en los posos del café. (X)



Video Captura con la cámara de tu teléfono este código Bidi para conocer de mano de Judit Mascó el proyecto de Intermón Oxfam en Uganda. Y también en nuestra web (<http://www.elmundo.es/yodona/bidi/2012/05/369/actualidad/>).